

## CAPITULO XLI.

**Fúnebres deberes que á través del peligro cumplen los españoles.**

El horror detiene nuestra pluma; el grito de la humanidad ultrajada no hiere, sino rasga nuestro corazón, al referir estas atrocidades; y si nuestro deber de narradores nos lo permitiera, casi nos atreveríamos á suplicar al lector renunciase con nosotros al espectáculo de sangre que donde quiera se ofrece.

Pero es imposible renunciar á la historia, siendo esencialmente histórico y nacional nuestro libro.

Todo cuanto hallamos consignado en diferentes reseñas y Memorias que hablan de aquel día tremendo, es superior á nuestras fuerzas, obligados como estamos á no omitir detalle alguno, por desconsolador y terrible que este sea:

Verdad es que sirve como de lenitivo á nuestro natural quebranto, el noble orgullo que nos inspiran tanta abnegación y heroísmo, tan sobrenatural firmeza como la que en

casos supremos distingue entre todas las naciones del mundo al nombre español; y aunque nos parece que la sangre vertida en aquellas horas, aciagas y solemnes para el porvenir de la nacion ibera, se ha inoculado, conservándose inmaculada, á través del tiempo, en nuestro corazon, dotándole de esa fortaleza, que es para el hombre amante de su pátria el más precioso tesoro, la joya de más valía que puede legarle la fortuna.

Quizá en estos momentos, al escribir estas líneas, luchamos vanamente contra un sentimiento, del cual no sabemos si será mejor engreirnos ó avergonzarnos; y este sentimiento es el de la emulacion, el de la envidia que nos causa la suerte de aquellos valerosos é ilustres héroes, que con generosidad inaudita llegaron á sacrificar en el ara de la independencian nacional sus preciosas vidas.

Envidia, sí, envidia... ¿por qué ocultarlo?...

El bien material, las riquezas, la felicidad de nuestros semejantes nos inspiran tan solo indiferencia...

Los tesoros del sér más poderoso del mundo, son mezquinos montones de vil materia, pasto menguado de las ambiciones, de la avaricia.

Cualquier monarca, el más poderoso de la tierra, el mismo Napoleon, cuya fortuna fué tan colosal, no nos causará el sentimiento de la envidia.

Pero la gloria del héroe; ese tesoro inapreciable que no se vende ni se compra; esa riqueza de vida, que estribando en el honor y en las grandes acciones, vuela con alas de fuego, grandes como los siglos, y es más eterna que las posteridades; ese tesoro, esa gloria que alcanzaron las víctimas heróicas del Dos de Mayo; esa gloria, ese tesoro que decimos, podemos envidiarlo sinceramente y sin mengua.

Tal vez, cediendo á una inspiracion singular, que nos arrastra hácia regiones desconocidas, nos atreveríamos á consignar aquí una página de gratitud á aquellos mismos, que al inmolar cruelmente al magnánimo pueblo madrileño, le dieron á cambio de sangre, pródiga y generosamente vertida, el inmortal laurel que hoy ciñe con esplendor augusto las frentes de sus hijos.

Pero si esta lúgubre satisfaccion nos causa el recuerdo de los que perecieron haciendo frente á las armas enemigas de nuestra dignidad y de nuestra independencia, esa satisfaccion se trueca en ira cuando recordamos la traicion, la felonía, la venganza, el asesinato cobarde con que afligió al heroico vecindario de Madrid la extranjera saña.

Hemos hecho ya mencion de las bastardías de que era víctima el pueblo madrileño, en el momento mismo en que más seguridades debía tener de que su actitud pacífica, despues de los recientes sucesos, seria respetada.

Si el hombre verdaderamente valeroso debe ser juzgado tal por la generosidad de su corazon, los soldados que á las órdenes de Murat trataron á los españoles de un modo tan bárbaro, deben ser calificados forzosamente de viles y cobardes.

Exasperado el caudillo francés por el heroismo con que los oficiales de artillería citados habian combatido al lado del pueblo, hasta perecer víctimas de su denodado arrojo, es bien sabido que en los primeros momentos de arrebató ordenó fusilar á cuantos oficiales de dicha arma se encontrasen.

Dicha orden fué al cabo rebocada, merced á las instancias de las autoridades españolas, que ya ahora, despues del cruento sacrificio que ocasionára su debilidad, ó como

quiera llamarse, trataba, contemporizando por todos los medios conciliadores de que podía echar mano, con las exigencias que á su vez les hacia el príncipe Murat.

Tal vez presintiendo varios paisanos el porvenir inmortal que la pátria tenia reservado á los bravos oficiales muertos en su defensa, procuraron sustraer sus preciosos cadáveres á las iras del furioso enemigo.

Despues de haber llevado á Daoiz hasta su casa, donde exhaló el último suspiro, trataron á todo trance de salvar al teniente de voluntarios del Estado, D. Jacinto Ruiz, el cual habia sido herido gravemente en lo más empeñado de la accion.

Aquella misma tarde fué conducido á su casa, no sin haber luchado con multitud de dificultades y vencido frecuentes peligros, atendida la suspicacia y el encono del extranjero (1).

El capitán Goicoechea, que consiguió parlamentar bajo honrosas condiciones con el coronel del 4.º Provisional, colocó su compañía en el patio del cuartel, donde estaba formada la tropa francesa.

En cuanto á Velarde, instantánea é inexplicablemente desnudado, fué tambien sustraído con religioso cuidado al anochecer de aquel dia.

Conducido por último, venciendo siempre mil dificultades, á la parroquia de San Martín, fueron depositados sus restos en la bóveda de esta iglesia.

En ella se encontraba ya el cuerpo de D. Luis Daoiz, trasportado allí desde su casa.

---

(1) Este bravo militar, honra y gloria de España, huyó de Madrid poco tiempo despues. A consecuencia de haber llevado abiertas las heridas, falleció en Estremadura.

Los que la amistad habia unido en vida, los que juntos lucharon por la libertad é independencia de su patria, llegaron á unirse tambien en aquel recinto, especie de refugio que les libró acaso de que algunos años despues hubiese sido difícil ó imposible darles la honrosa sepultura á que se habian hecho acreedores.

Daoiz fué llevado al expresado punto en un féretro forrado de bayeta negra, cintas blancas y tachuelas doradas.

Para la traslacion desde su casa, proporcionó cuatro hombres el teniente mayor de cura de aquella parroquia, Fr. José Gomez Trejo, al meritorio del cuerpo de cuenta y razon D. Manuel Almira, el mismo que acompañó á Velarde en la defensa del Parque.

Eran estos el sepulturero mayor Mariano Herrero, José Gutierrez, Lucas Gutierrez y Pablo Nieto.

Dicho D. Manuel Almira fué comisionado para este piadoso deber por el comandante del arma D. José Navarro Falcon.

Apenas hubo llegado el fúnebre cuanto solitario cortejo á la iglesia situada en la plazuela de las Descalzas, temerosos de ser descubiertos por los franceses, entraron por una puerta que habia en la calle denominada Bodeguilla de San Martin, á espaldas del altar mayor de la iglesia, por donde se bajaba á la bóveda principal.

Ignórase á punto fijo, y debemos ante todo hacer esta salvedad, si la colocacion allí del cadáver de Daoiz precedió á la de Velarde, ó viceversa; pero es lo cierto que ambos se encontraron reunidos hasta su exhumacion, además de otras víctimas tan gloriosas.

D. Pedro Velarde permaneció aun mucho tiempo envuelto en un pedazo de tienda de campaña, colocado sobre

una mesa, y rodeado de unos seis ó siete cadáveres de pa-  
sanos.

Una persona desconocida entró á deshora de la noche  
y envolvió el cadáver del noble artillero en un hábito de  
San Francisco, que llevó de limosna.

CAPITULO XLII.

Después de estos sucesos que dijo Fúrgata para ver á su padre.  
El Mastro se había pasado á contemplando á  
Marta y sin acordar á darse cuenta de lo que aquella situa-  
ción, extraña para él, significaba, si bien creyendo com-  
prender por inducción y por la escena de que había sido  
testigo, la relación que existía entre la joven y Fúrgata.  
La hija de Montenegro, sin atender á los ruegos de  
Marta ni á las observaciones del artesano, corrió presurosa  
en dirección á la casa de Correos.  
Allí como ya hemos dicho, fué detenida por las tropas  
francesas que guardaban el edificio.  
—No se puede pasar!—la habían dicho, remediando  
ambiguamente el español.  
En el primer momento, la hija de Montenegro retroce-  
dió sorprendida.  
No había estado con aquel obstáculo.  
Sembrante consigna, intimada por los centinelas en un  
tono arto brusco, pareció desconcertarla.

CAPITULO XLII.

Desesperados esfuerzos que hizo Eugenia para ver á su padre.

El Maestro se habia quedado atónito contemplando á María y sin acertar á darse cuenta de lo que aquella situacion, extraña para él, significaba, si bien creyendo comprender por induccion y por la escena de que habia sido testigo, la relacion que existia entre la jóven y Eugenia.

La hija de Montenegro, sin atender á los ruegos de María ni á las observaciones del artesano, corrió presurosa en direccion á la casa de Correos.

Allí, como ya hemos dicho, fué detenida por las tropas francesas que guarnecian el edificio.

—¡No se puede pasar!—la habian dicho, remedando endiabladamente el español.

En el primer momento, la hija de Montenegro retrocedió sorprendida.

No habia contado con aquel obstáculo.

Semejante consigna, intimada por los centinelas en un tono arto brusco, pareció desconcertarla.

Un tiro á quemarropa no la hubiera sorprendido mas. Durante algunos instantes permaneció indecisa. Pero aquella situacion duró tan solo el tiempo que ella necesitaba para hácerse reflexiones acerca de lo que debia determinar en tan críticas circunstancias.

La resolucion, por otra parte, era más conducente y útil que el sobrecogimiento.

En este punto, y á pesar del reciente cambio que se habia obrado en el carácter de Eugenia, no era ciertamente necesario hiciese un gran esfuerzo sobre sí misma para dar una prueba más de resolucion.

El caso, además, lo requería.

— Su rehabilitacion, primeramente, llegaria al mayor grado á los ojos de María, cuanto mayores fuesen las dificultades que se viese obligada á vencer la hija de Montenegro.

Despues de esto, estaba en el deber de arrostrarlo todo, hasta el sacrificio, por la salvacion de su anciano padre.

Preciso es confesar que este sentimiento se arraigó en su corazon más que otro alguno.

Quizá algunos dias antes no hubiera sido capaz de él, lanzada como iba por una senda de perversion.

Así, pues, deponiendo toda vacilacion peligrosa, replicó á los centinelas, preguntándoles quién era el jefe que allí mandaba.

Pero los soldados se obstinaban en no guardar miramientos, ni aun por el sexo y clase de la persona que les interpelaba en el tono más suplicante.

Las lecciones que el pueblo habia dado á los veteranos de Napoleon, los hicieron rencorosos hasta el extremo.

Eugenia no desmayó por eso.



Su penetrante mirada, examinando cuidadosamente á cada uno de los soldados á quienes pretendia catequizar, procuraba distinguir cuál de los dos era menos incorruptible.

Después de haber augurado mal del bigotudo rostro del uno, se dirigió resueltamente al otro.

Eugenia, como ya entonces empezaba está á ser moda entre las personas medianamente acomodadas, poseía un poco el francés.

Destrozando algo menos este idioma que los franceses suelen hacerlo con el nuestro, dijo al centinela:

—Amigo mio, dignese Vd. hacerme un pequeño favor.

—No estoy colocado aquí para hacer favores, señora, — respondió el imperial con unos ojos, que al mirar muy singularmente al rostro de Eugenia, parecia decir: —¡Ah! si yo mandára en este sitio, te haria jefe de toda la fuerza.

Eugenia, sin embargo de sus años, era aun hermosa.

La hija de Montenegro replicó:

—Es muy sencillo lo que yo quiero: que me deje usted entrar por algunos minutos.

El francés hizo un movimiento, como si fuese á saltar á impulsos de la sorpresa.

Pero los ojos de Eugenia, que le miraban con aire de piedad, le detuvieron súbitamente.

Además, le hizo variar de idea un movimiento que á su vez hizo la hija de Montenegro.

Se habia llevado la mano al bolsillo.

Esta accion fué su mejor victoria.

Ya hemos probado en otra ocasion, y acabamos de repetir, que los soldados de Bonaparte no eran incorruptibles que digamos.

Por espacio de medio minuto, los ojos del centinela va-

garon á impulsos de la tentacion, desde los negros ojos de la hermosa española, hasta el bolsillo de esta.

Despues su mirada se fijó.

Acababa Eugenia de sacar un bolsillo repleto de oro.

¿Qué conciencia se resiste á la elocuencia, á las tentaciones del precioso metal?

Eugenia repitió con voz insinuante:

—Necesito pasar, amigo mio, tan solo por algunos minutos.

Y al mismo tiempo que esto decia con el acento más tierno y suplicante, acompañábase de la accion, agitando el oportuno bolsillo.

El francés no pudo resistir, ni á los ojos, ni á los ademanes de la hija de Montenegro.

Felizmente para todos, esta escena no era observada por nadie á la sazón.

El centinela llamó la atencion de su compañero.

—Nos ofrece un poco de oro por pasar,—dijo en un francés que Eugenia, bien á pesar de su instruccion y de su cuidado, no pudo comprender.

Era una cosa peor mil veces que el francés lo que el centinela hablaba, pues era en maldito *patois*, más fatal aun que nuestro vascuence.

El otro centinela le replicó en el mismo dialecto:

—¿Y si nos compromete?

—Es posible; pero al fin, puede no comprometernos, y luego...

—Y luego, ¿qué?

—Como al fin es una mujer, y lo que pide es fácil, no nos reportará malos resultados...

Hizo una pausa, y miró á Eugenia intensamente, con la truanesca intensidad de un soldado que ante todo es hombre.

Eugenia soportó aquella mirada, ó más bien la recibió con una nueva y más tentadora sonrisa.

—Pero al fin, ¿qué hacemos?—preguntó el centinela volviéndose á su compañero.

—Y el dinero... ¿es mucho?—le preguntó este á su vez, cediendo á la tentación.

—Así parece.

—Pues tómalo, y que pase.

—¿Qué?...—preguntó Eugenia, que aunque no entendía palabra, no dejaba de comprender que ambos soldados deliberaban sobre lo que debían hacer.

El centinela interpelado respondió:

—Puede Vd. pasar, señora.

Y al mismo tiempo alargó la mano.

La hija de Montenegro le alargó á su vez el codiciado bolsillo, y ligera como un relámpago se precipitó al interior del edificio.

Parecía que llevaba alas en los pies.

Cuando hubo dado algunos pasos hácia el interior del edificio, se detuvo súbitamente.

Un reflejo de alegría brilló en su rostro.

Sus ojos se fijaron en un grupo.

Componíanle varios oficiales del ejército francés.

Eugenia se dirigió al grupo.

Luego, llamó á uno de los oficiales.

A la voz de Eugenia se volvió vivamente.

—Señora,—dijo.

Y saludó á la hija de Montenegro con cierto aire de familiaridad, que revelaba entre ambos la existencia de relaciones no comunes.

Con efecto, el oficial y Eugenia se conocían, y mucho.

El oficial en cuestion era uno de los más íntimos amigos del baron del Pino.

Tambien era uno de los jefes que con más frecuencia asistian al despacho del duque de Berg.

—¿Y el baron, señora?—preguntó á Eugenia, ignorando sin duda el desastroso fin que habia tenido el baron del Pino, como justo y providencial castigo á su perfidia.

Eugenia respondió á esta pregunta de un modo evasivo, dando muestras de honda contrariedad.

Luego, cuando hubo conseguido escusarse, preguntó á su vez:

—¿Tendreis la bondad de decirme, amigo, quién es el que manda aquí?

—El general Sesti,—respondió el francés.

—¡Ah! ¡loado sea Dios!—exclamó Eugenia con alegría.

—Pues ¿qué os pasa, señora?—preguntó el francés, que sintió picada su curiosidad.

—Vengo á interceder por la vida ó por la libertad de un prisionero.

—¡Ah!—exclamó el francés,—eso es grave.

—¿Pues qué?...—

—Personas muy altas se han presentado aquí con exigencias, á interceder por varios detenidos...

—¿Y qué?...—preguntó Eugenia, llena de cruel ansiedad.

—Que yo sepa, solamente á una reclamacion se ha accedido, y esto por una órden expresa del general gran duque.

—Pues amigo mio, vá Vd. á hacerme un favor.

—Si de mí depende...

—Oigame Vd.: la persona cuya libertad vengo á pedir, cuya libertad deseo, cuya libertad necesito...

—¿Es algun criado vuestro que se habrá lanzado al motin?—preguntó el francés interrumpiendo á Eugenia de un modo impertinente.

La hija de Montenegro reprimió un movimiento de impaciencia, y concluyó dejando asomar á sus labios una triste y elocuente sonrisa:

—Es mucho más, amigo mio; porque la persona cuya libertad, ó acaso cuya vida necesito, es mi padre.

El francés dió un salto.

Las palabras de Eugenia le causaron un asombro sincero.

—¡Vuestro padre, señora!—exclamó.

—¡Sí, mi padre; mi pobre y anciano padre!

Y de los ojos de Eugenia brotaron ardientes lágrimas, al repetir estas palabras.

El francés se sintió conmovido, casi consternado.—

Por fortuna para algunos, debemos dar una prueba de justicia diciendo, que no todos los generales, ni todos los jefes, ni todos los soldados de Murat eran tan perversos como su caudillo.

De lo contrario, tendríamos que decir que la Francia de aquellos tiempos era un país de tigres.

Es una aclaracion que nos dicta nuestra imparcialidad; nuestros lectores, con su buena sensatez, no se desdeñarán de convenir con nosotros en esta opinion.

—¿Y qué quereis que haga en vuestro obsequio, amiga mia?—preguntó el oficial, procurando dominar su dolorosa sorpresa.

—¿No dice Vd. que el general Sesti manda por los españoles?—repuso Eugenia.

—Ciertamente.

—Pues tenga Vd. la bondad de facilitarme una entre-

vista con él: temo que me detengan por ahí, amigo mio, y ante todo, me conviene no perder el tiempo.

El oficial francés vaciló un momento.

Eugenia se estremeció de terror.

Temió que la vacilacion del militar procediese de que su sencilla peticion fuese difícil, atendidas las extraordinarias circunstancias de que todo apareció rodeado.

— ¡Qué!... ¿acaso será imposible?...

El oficial francés, vivamente interesado por Eugenia, y deseoso sin duda de ahorrarla los naturales recelos que debian brotar á cada paso en su corazon, la interrumpió diciéndola con tono tranquilizador:

— Tranquilizaos, y venid, — dijo.

Y alargando á Eugenia la mano, ambos se dirigieron á la estancia del general Sesti.

El oficial y la hija de Montenegro se detuvieron en una especie de antesala.

Eugenia sintió allí un mortal estremecimiento.

Muchos soldados del ejército francés, casi todos de á caballo, ocupaban aquel aposento.

Pero no fué esto lo que la impresionó precisamente.

La circunstancia de hallarse armados, y algunos ostentando pliegos cerrados en sus manos, demostraban que su mision era la de esperar ó llevar órdenes.

Eugenia, sin embargo, no hizo la más leve pregunta á su generoso acompañante.

Tal y tan profundo era su temor de saber demasiado en el sangriento drama, que aun no habia concluido para el desgraciado y valeroso pueblo madrileño.

El oficial dirigió varias preguntas á uno que parecia ser allí una especie de ordenanza.

Luego, volvió á alargar á Eugenia la mano, y dijo haciendo á la mampara girar sobre sus goznes:

—Venid, señora.

Y ambos penetraron en la habitación del general Sesti.

Le encontraron rodeado de numerosos jefes del ejército francés.

El general español-italiano vió con sorpresa entrar á nuestros personajes.

Saludó á Eugenia, y balbuceó una pregunta.

Pero Eugenia, cuya lengua parecía adherírsele al paladar, tal era su emoción, no átinó á pronunciar una sola palabra en aquellos críticos y solemnes instantes.

El noble oficial francés se apresuró á responder:

—Esta señora tiene una cosa grave que pedirnos, general.

Sesti hizo un gesto de contrariedad.

—¿Viene Vd. á pedirme la vida de algun prisionero?— preguntó entre galante y severo;—advierto á Vd., amiga mía, que ninguna de ambas cosas está en mi mano.

Eugenia sintió una dolorosa emoción.

Sesti, á pesar de su amigable y protectora sonrisa, se habia expresado con brutal desenvoltura.

Esto mismo dió fuerzas á la hija de Montenegro.

—Vengo á pedir á Vd. por mi padre, por un amigo de Vd. que era,—exclamó con desgarrador y enérgico acento.

Y rompió á llorar.

Sesti, como antes le habia sucedido al oficial francés, hizo un movimiento de sorpresa.

Tal vez no esperaba la respuesta de Eugenia.

Los demás circunstantes contemplaban con viva curiosidad, y aun algunos con interés, á la hija del anciano Montenegro.

El general Sesti se acercó rápidamente á una mesa.

De sobre ella tomó un papel.

Era una extensa lista.

Contenia los nombres de la mayor parte de las personas que permanecian prisioneras en aquel sitio, desde la pacificacion de la Puerta del Sol.

Sesti recorrió el papel con la vista.

A los primeros renglones se detuvo.

Acababa de encontrar el nombre de D. Pablo de Montenegro, despues del cual seguian otros muchos.

Volvió á dejar el papel, y dijo:

—Tiene Vd. razon, amiga mia; pero yo ignoraba semejante desgracia.

Eugenia, enjugando sus lágrimas rápidamente, se le quedó mirando con los ojos fijos.

—¿Y bien?—preguntó.

Sesti, con afectado interés, respondió:

—Su padre de Vd., amiga mia, se ha colocado en una situacion difícil, peligrosa.

—Pero... ¡tendrá remedio!—gritó Eugenia.

—Tal vez; pero ya he dicho á Vd. que no está en mi mano, aunque bien lo quisiera.

La hija de Montenegro tuvo que hacer un poderoso esfuerzo sobre sí misma para contener su indignacion.

Aconsejada por una especie de instinto, creyó distinguir alguna perfidia en la respuesta de aquel extranjero, que renegó á la vez de su país natal y de su patria adoptiva, y que en aquellos dias aciagos dió hartas pruebas de ser un miserable aventurero, sin más honor ni conciencia que su desmedida ambicion personal.

Penetrada, además, la arrepentida madre de la bella María, de que una imprudencia podia hacer más y más



grave la situación del valeroso anciano, apeló á toda la ternura de que era capaz desde que comenzó felizmente para ella la hora de su regeneración.

Así es que dijo con acento insinuante:

—Es mi padre.

—¡Pero señora!...—baluceó Sesti.

—Es vuestro amigo,—añadió Eugenia.

El general italiano-español replicó:

—No consiste en eso, amiga mía; yo tengo que responder estrechamente de los prisioneros que, cogidos por las tropas del Emperador con las armas en la mano, han sido confiados á mi custodia.

—Pero, ¿y si los fusilan?... ¿y si entre ellos fusilan á mi padre?—gritó Eugenia con espanto.

Sesti sintió algun embarazo en responder.

Sin duda alguna distaba mucho de ser conmoción, humanidad ó interés lo que le embarazaba.

Únicamente le faltaba entonces el valor, el descaro, el cinismo de su asquerosa perfidia.

Eugenia interpretó esta turbación favorablemente.

Creyendo dar el último golpe, conseguir el último pretendido efecto en el ánimo de Sesti, añadió derramando abundantes lágrimas:

—Si no lo hace Vd. por el padre, por el amigo, general, hágalo Vd. al ménos en obsequio á la ancianidad.

Sesti, para contrarestar á los ojos de todos la actitud conmovedora de Eugenia, adoptó un fácil escudo.

Echó mano de una miserable hipocresía.

Expresando una emoción que estaba muy lejos de sentir, contestó á la hija de Montenegro:

—Créame Vd., amiga mía; en obsequio á mi propio padre, yo nada podría hacer.

—¿Habla Vd. de veras, general?—preguntó la hija de Montenegro reprimiéndose.

—Señora, es demasiado sério esto, y estimo mucho á su anciano padre, mi amigo, para no lamentar como el que más la situación en que se encuentra.

—Pues entonces, póngale Vd. en libertad,—exclamó Eugenia en un arranque de terrible pesadumbre.

—Perdóneme Vd., pero para ello tendria que faltar á mi deber, y eso es imposible.

Eugenia creyó que aquello era ya un sarcasmo.

Pero apeló á toda su paciencia.

El general Sesti añadió :

—Y además, constando su nombre en la lista, de la cual he pasado nota á S. A. el gran duque de Berg, para poner en libertad al padre de Vd., señora, tendria que romper esa lista y borrar el nombre de la persona que tan justamente interesa á Vd., en la citada copia que ya obra en poder de Monseñor el príncipe Murat.

Eugenia acabó de comprender por las últimas palabras cuál era la verdadera intencion del general Sesti.

Las reverencias y tratamientos con que acompañaba el nombre de Joaquin Murat, demostraban bien claramente que aquel hombre sin pátria y sin lealtad, se disponia de un modo ostensible á arrimarse al calor del nuevo sol, que con terrible lumbré brillaba ya en el porvenir de nuestra desventurada cuanto generosa pátria.

Nos causa repugnancia, asco, el ocuparnos de un pigmeo semejante.

Ya momentos antes se le habian dirigido reclamaciones con el mismo motivo que lo hizo Eugenia en favor de su padre, y aun las autoridades españolas las hicieron á su vez.

Personas también muy afectas al general Sesti le pidieron y se interesaron por la suerte de amigos suyos.

Pero este pèrfido general, cuyo interés ha sido despues tan claramente conocido, se resistió á todas las gestiones y súplicas que se le hacian.

Cuando de órden del mismo gobernador se le preguntó por los presos, respondió fria y falsamente, que para evitar las continuadas reclamaciones de los franceses, habia hecho á estos entrega de todos los españoles detenidos y confiados á su custodia, poniéndolos á su disposicion.

Dice á este propósito el conde de Toreno:

«Así retribuyó á su pátria adoptiva los grados y mercedes con que le habia honrado.»

Nos habíamos propuesto hacer una extensa y dura calificacion del pigmeo, cuyo nombre y hechos nos ocupa, dando así su merecido á sus acciones; pero renunciamos á tan enojosa tarea, dejando que nuestros lectores aprecien todo el valor de su pobre y villana memoria.

Seria demasiado honor para su nombre la formalidad de un juicio.

Siquiera Joaquin Murat, por muy terrible y bárbaro que su corazon fuese, tenia el valor, aceptaba la responsabilidad de sus crueldades.

Eugenia se convenció al fin de que nada podia obtener de aquel hombre frio y cauteloso.

Unicamente se limitó á pedirle, que tuviese y mandase tener los mayores miramientos con su anciano padre, en tanto ella se dirigia á ver á uno ó dos generales franceses amigos suyos, y aun al mismo duque de Berg.

El general Sesti lo prometió así.

Sin embargo, Eugenia no salió de allí muy confiada.

Quando hubo llegado á la puerta del edificio, acompañada siempre del generoso oficial francés, preguntó á este:

—¿Quiere Vd. venir conmigo á casa del general Grauchy, amigo mio?

—Temo que no le encontraremos en su alojamiento ahora, respondió el oficial.

—No importa, lo averiguaremos, y si en ella no está, se le encontrará en otra parte: me horroriza la sola idea de perder el tiempo.

—Pues bien, señora, vamos,—respondió el digno y generoso francés.

Y acompañó á Eugenia hasta la casa del citado general Grauchy.

Pero, como habia temido, no le encontró en su alojamiento.

Entonces se dirigieron á la morada del gran duque de Berg y de Cleves.

Eugenia, durante todo este tiempo, sufrió terriblemente, acosada por la natural ansiedad que la inspiraba el peligro que amenazaba los breves dias de su noble y anciano padre.

En vano, al salir de la casa de Correos, pretendió, aun exponiéndose á arrostrar la cólera del anciano Montenegro, entrar en el aposento que, como á otros muchos, le servia de prision.

El centinela que vigilaba la puerta tenia una consigna muy rigurosa acerca del extremo que Eugenia intentaba.

La hija de Montenegro y el galante oficial desistieron entonces de su empeño, aunque este último se brindaba ya á vencer la dificultad que se oponia.

Cuando llegaron al alojamiento del duque de Berg, este se encontraba activamente ocupado.

Pero adelantémosnos á nuestros dos personajes.

—Quiero ir con el conde á casa del general (gru-

chy, amigo mio)

—Temo que no se encontrará en su alojamiento

ahora, respondió el oficial.

—No importa, lo averiguaremos, y si en ella no está, se

le encontrará en otra parte: me parecerá la sala de la

puerta de tiempo.

—¡Tus bien, señor, vamos!—respondió el joven y se-

neroso francés.

Y acompañó á la joven hasta la casa del vizconde (con-

ral Granby).

—Pero, como había temido, no lo encontró en su aloja-

miento.

Entonces se dirigieron á la morada del gran duque de

Berg y de Oloven.

—Basta, durante todo este tiempo, sufrió terriblemen-

te acosada por la natural ansiedad que la inspiraba el

peligro que amenazaba los breves días de su noble y an-

gusto padre.

En vano, al salir de la casa de Gervoz, pretendió, sin

exponiéndose á mostrar la cédula del anciano Montene-

gro, ocultar en el aposento que, como á otros muchos, le

servia de prisión.

—El centinela que vigilaba la puerta tenía una con-

signa muy rigurosa acerca del extremo que Eugenia in-

terrompía.

EL ROS DE MAYO 285

Y Murat había respondido según hemos indicado ya en otra ocasión: — Pues por cada soldado de los misos muertos hallaremos diez prisioneros. Entonces tú cuando redactó, firmó y mandó publicar la espantosa orden del día que recordarán nuestros lectores.

### CAPITULO XLIII.

Joaquin Murat ocupado en labrar la felicidad del pueblo madrileño, según él la entendía.

Vuelto el duque de Berg á su palacio, despues de apaciguada la reciente sublevacion, entregóse á los accesos de un furor tan terrible, que algunos de sus mismos generales fueron víctimas de él, sufriendo toda suerte de repulsas y aun denuestos por parte del hermano político del emperador y rey.

En la conciencia del orgulloso caudillo se abrigaba el convencimiento de que la victoria, sin embargo de la pacificacion del pueblo y de sus numerosas víctimas, estaba de nuestra parte.

El general Moncey, duque de Connegliano, le habia dicho afirmativamente:

— *Por cada paisano hemos perdido diez franceses.*

Era la verdad.

Pero esta verdad exasperó el ánimo de Murat.

Y Murat había respondido, según hemos indicado ya en otra ocasión:

—Pues por cada soldado de los míos muertos, fusilaremos diez prisioneros.

Entonces fué cuando redactó, firmó y mandó publicar la espantosa orden del día que recordarán nuestros lectores.

Hallábase acometido el cuñado de Napoleón de un coraje muy parecido á la hidrofobia.

En su sed de venganza, hubiera querido, á serle posible, reducir á polvo la España.

Desgraciadamente, después de las numerosas víctimas que á Madrid costó su perfidia, la guerra contra el usurpador nos costó mucha y muy preciosa sangre.

Cuando Eugenia y el oficial francés llegaron, se vieron precisados á esperar.

El duque de Berg se hallaba ocupado en fulminar la muerte contra los indefensos habitantes de la capital.

Rodeado de todos sus generales, ora rugía como la hiena enjaulada, ora prorumpía en salvajes sonrisas, efecto de alguna cruel disposición que acudía á su mente exterminadora, y cuya ejecución encargaba.

El general Belliard era el que con más solicitud parecía disponerse á secundar los deseos de su jefe.

También en su rostro se distinguía una feroz sonrisa de satisfacción.

Tenia para ello sus motivos.

Don Pedro Velarde, su poderoso rival, no había sucumbido en la lucha, sino al plomo traidor de un miserable.

El noble y esforzado artillero había sido víctima de una baja venganza.

Belliard, en el momento decisivo del ataque hacía la formidable posición del Parque, había tomado infernales precauciones respecto de su enemigo personal.

Exasperado por la última reciente derrota:

—Señores,—había dicho á varios oficiales de los destinados á atacar al Parque de Artillería,—una cosa interesa más aun que tomar esa posición.

Los oficiales se quedaron mirándole.

Belliard añadió:

—Sí, una cosa importa más que todo, y es matar á todo trance al capitán Velarde.

Belliard se extendió hasta en dar las señas de su rival.

Ofreció, además, que recomendaría eficazmente al gran duque al autor de esta baja acción.

Desgraciadamente, uno de los oficiales á quienes encomendó tal hazaña, conocía personalmente á Velarde:

Así es que apenas le distinguió, le disparó el tiro *por la espalda*, esto es, le asesinó *alevosamente*.

Era, como digimos, el oficial de la guardia polaca llamada *noble*.

Rodeado, pues, Murat de sus generales, y adulado muy particularmente por Belliard, exclamaba con fiereza:

—Juro en nombre de mi hermano el emperador y rey, que hoy mismo he de dejar bien *humillada la altivez castellana* (1): verán, por Dios, de lo que es capaz Joaquin Murat.

Belliard, dando muestras de viva aprobación, dijo al gran duque:

---

(1) Histórico.